

rrible tragedia: pasaron inmediatamente á la iglesia y allí, arrodillados delante de una imagen de Jesucristo crucificado, se entregaron en manos de Dios, como víctimas destinadas irremediabilmente al suplicio: se prepararon valientemente á morir confesándose y orando, y esperaron tranquilos que viniese la noche. El comportamiento de los indios corroboraba la noticia recibida: ninguno se presentó en el monasterio, las calles estaban desiertas y un silencio pavoroso reinaba en el pueblo: era que las familias se habían retirado al bosque, y que en las afueras de la población debían reunirse los conjurados y luego venir á consumir su felonía.

A la caída de la noche, con la oscuridad que aumentaba la soledad y el silencio, arreció la tribulación de los misioneros que, aislados en su casa, veían acercarse minuto por minuto la tormentosa muerte que les aguardaba: mutuamente se consolaban y fortalecían con palabras y pensamientos tomados de la sagrada escritura; mas á las nueve de la noche, notando que ni el más leve rumor interrumpía el sosiego, ni una sola luz disipaba las densas tinieblas, el padre Benavente comenzó á sentir renacer la esperanza en su corazón, indicando que tal vez todo hubiese sido un engaño refinado, con intención de atemorizarlos. El padre Villalpando, receloso todavía, no consentía en creer disipado todo riesgo, y seguía exhortando á su hermano á tener fortaleza y á recibir el martirio con serenidad. En estos coloquios estaban, cuando al dar las once de la noche oyeron gran estruendo y gritería de indios que se acercaban al monasterio: había llegado el instante supremo, no había que dudar: los atri-

bulados misioneros abrieron el postigo de la ventanilla, y sacando la cabeza, atisbaron por dónde se escuchaba el estrépito de pasos, voces y desentonados gritos: ¿qué habían de ver? un espectáculo capaz de espeluznar al más valiente: una multitud de indios en confuso tropel, medio desnudos, con las caras pintarrajeadas de amarillo y azul, llevando en las manos tizones, rústicas hachas de viento, ó armados de flechas, arcos, dardos, lanzas y otros instrumentos de muerte. Se apartaron del postigo y empuñando con ambas manos un crucifijo, arrodillados sobre el duro pavimento, empezaron á rezar las oraciones de los agonizantes, ratificando su voto de ofrecerse en sacrificio por la salud espiritual de sus verdugos: á las oraciones de los religiosos hacían coro por fuera los denuestos y oprobios lanzados sin cesar por innumerables bocas desenfundadas: los alaridos se escuchaban casi ya á las puertas de la casa, y los misioneros, concluidas sus oraciones, se mantenían en el más perfecto encierro y silencio; sin embargo, ninguno de los indios se había acercado á incendiar la casa, y se observó que la gritería fué calmando y alejándose insensiblemente hasta extinguirse por completo: volvió á quedar el pueblo sumido en el sosiego, y los padres, sin saber explicarse la causa de tan repentino cambio, empezaron á rezar su oficio de mañines. A poco resonaron en el pavimento de la plaza del pueblo las pisadas de caballos que venían galopando rumbo al monasterio, se les oyó detenerse en el umbral de la puerta, se escuchó el ruido de las espuelas de los ginetes que desmontaban, voces, el eco del habla castellana, luego golpes redoblados en la puerta de la casa: los mi-

sioneros se levantaron llenos de alborozo: habían oído voces amigas, y se apresuraron á abrir y recibir á quienes tan oportunamente llegaban en su auxilio.

Era un piquete de soldados españoles que se dirigían á Peto, y que, de paso para este pueblo, quisieron descansar en Maní. La coincidencia fué salvadora de los religiosos que no disimulaban su alegría al dar la bienvenida á sus paisanos; no quisieron, no obstante, meterlos en zozobra, y se guardaron de revelarles al punto el aprieto en que se habían encontrado; les recomendaron tan sólo que pusiesen centinelas, y los invitaron á reposar de las fatigas del viaje: así lo hicieron los soldados, y en tanto que ellos se entregaron al reposo, los religiosos se dirigieron al templo, hondamente conmovidos, á dar gracias fervientes á Dios que los había librado de las garras de la muerte.

A la mañana siguiente, ya que el sol brillaba en el levante, llamaron á misa; mas en vano la campana tañía; ni un solo habitante del pueblo acudía á la iglesia, y los soldados notando esta circunstancia y la soledad que reinaba en la población, empezaron á sospechar que algún suceso grave había acontecido en la localidad. La narración que escucharon de los labios del padre Villalpando tornó las presunciones en realidad: en esto, el padre Villalpando acertó á descubrir la cabeza de un niño vivaracho y simpático que estaba como atisbando á los circunstantes. Fray Luis reconoció al niño aquel que tan á tiempo le había avisado la trama que se urdía contra su vida, y llamándole tierna y cariñosamente, le abrazó y le bendijo: «Padre, que

vivo estás, le dijo el niño; ahora digo que tu Dios es muy grande y poderoso; mis padres se han ido al monte para librarse de estos españoles, y por verte á ver me huí de ellos; me alegro mucho de hallarte vivo, aquí me quiero quedar contigo.» No pudo el padre Villalpando dominar la emoción y enternecimiento que le sobrecogió oyendo expresarse con tanta ingenuidad al niño, le tomó en sus brazos, y le bendijo de nuevo acariciándolo con el más acendrado amor paternal.

Oyendo lo que había pasado, el jefe del piquete no creyó prudente seguir su viaje á Peto dejando á los religiosos en peligro de ser asesinados, ni tampoco le pareció discreto llevarlos consigo: juzgaba que el atentado no debía pasar inadvertido sino que se debía castigar severamente á los delinquentes: decidió permanecer en Maní y comunicar rápidamente al Adelantado lo que había pasado. Sabido el suceso en Mérida, todos admiraron la oportunidad de la llegada de los soldados á Maní, y más cuando se supo que la causa de haber sido despachados á Peto había resultado falsa, pues se había dicho que algunos indios de Peto se habían sublevado, y al primer rumor que corrió se había enviado aquel piquete de soldados á sofocar la sublevación, y éstos por una feliz coincidencia, en vez de ir por Tekax, quisieron pasar por Maní, y con este cambio de ruta salvaron á los religiosos. El Adelantado, temeroso de que aquel hecho fuese el principio de una nueva insurrección, á prisa envió auxilios á Maní con órdenes de que se aprehendiese á los principales culpables.

Mientras este refuerzo llegaba á Maní, el ca-

cique Kukum-Xiu, que por aquellos días estaba ausente de la capital de su cacicazgo, supo la iniquidad que sus súbditos pretendieron cometer, y se trasladó con celeridad á su pueblo: impuesto de todos los detalles, se llenó de indignación, y fué á visitar á los religiosos, los colmó de satisfacciones, y se propuso castigar á los autores del desorden. Cuando las órdenes del Adelantado llegaron, ya veintisiete indios, que resultaban responsables en primer grado de la asonada, estaban presos en la cárcel pública; todos los entregó al jefe español, y, con estricta sujeción á las instrucciones recibidas, fueron despachados con fuerte escolta á Mérida.

El padre Villalpando al momento coligió que aquellos desdichados iban á pasarlo muy mal, y que no se escaparían de la pena de horca: se condolió de su suerte, y se propuso acompañarlos y presentarse al Adelantado pidiendo por ellos gracia. Así lo verificó, siguiendo las mismas jornadas que los presos, caminando á pie como ellos, y alimentándose al igual de los soldados. Los prisioneros estaban atónitos viendo al que quisieron quemar vivo esforzándose en mitigarles sus penas, y creció más su admiración al ser testigos de que no descansó hasta salvarles la vida.

Llegados los delincuentes á Mérida fueron juzgados breve y sumariamente y sentenciados á la pena de ser quemados en la plaza pública. Apenas lo supo el padre Villalpando, fué á visitar al Adelantado, y le pidió les concediese la gracia de indulto. El Adelantado consintió en perdonarlos; mas como era preciso impresionar no solamente á los delincuentes; sino á los indios todos con un espec-

táculo que les hiciese comprender con fuerza y viveza la enormidad del delito y la magnanimidad del perdón, se acordó que fuesen llevados al lugar del suplicio, y que allí en público, y á la vista de los instrumentos de la muerte, se les indultase.

La sentencia se publicó, se fijó día para la ejecución, promulgándose por bando y voz de pregonero al son de clarines y tambores, y con todo el aparato de la fuerza militar. El día fijado había un gran concurso de indios ansiosos de presenciar aquel espectáculo tan nuevo como horripilante para ellos: todos los españoles estaban sobre las armas, y formaban un cuadro en cuyo centro ardía una grande hoguera que el verdugo incesantemente alimentaba con leña que tomaba de un gran rimero que junto á la hoguera había. Traídos los delincuentes, fueron amarrados de pies y manos, y listos ya á ser arrojados al fuego, el Adelantado dió la señal suprema de la ejecución; en este instante, el padre Villalpando se acercó violentamente al Adelantado, y postrándose de hinojos á sus plantas, le suplicó hiciese gracia de la vida á los reos, alegando que estaban arrepentidos de su crimen. El Adelantado, accediendo á la súplica, no solamente les perdonó la vida, sino que los indultó de toda pena y los entregó al religioso: éste, lleno de regocijo, se inclinó sobre los reos, y empezó á desatarles sus ligaduras, invitándolos á seguirle al monasterio. Saltábale á los reos el corazón de gozo y de gratitud, y se deshacían en muestras de afecto para con su salvador; hacíanles coro todos los demás indios del concurso, y todos juntos llevaron en triunfo al padre Villalpando á su convento. Este hecho popula-

rizó mucho al humilde religioso, y le atrajo grande prestigio é influencia entre los indios: le respetaban, le obedecían, y en cualquier tribulación acudían á él solícitos, pensando hallar todo remedio: este prestigio lo aprovechó para convertirlos al catolicismo al calor de su palabra y de su caridad.

Alcanzado el indulto de los indios, volvió el padre Villalpando á Maní á contiuar sus trabajos de enseñanza y predicación. Imagínese el júbilo con que sería recibido por todo un pueblo recientemente movido por la patética narración de los indultados que se hacían lenguas en alabanza de su libertador: todos á porfia le prodigaron agasajos, se hicieron fiestas públicas, y el cacique y los indios principales con numeroso concurso del pueblo salieron á recibirlo, llevando ramos de olorosas flores.

En todos encontró el religioso docilidad, y le fué muy fácil entonces persuadir á los señores que renunciasen á sus esclavos y les diesen libertad. Un gran número pidieron y recibieron el bautismo después de ser instruídos en los principios fundamentales de la fe cristiana, y entre ellos el mismo cacique, que en la pila bautismal tomó el nombre de Francisco en obsequio del Adelantado, y que trocó así su nombre gentilico de Kukum-Xiu, en el de D. Francisco Montejo Xiu. Fué desde entonces costumbre conceder á los caciques el título de Don, permitirles vestirse á la española, y montar á caballo como cualquier caballero español.

No solamente á la sierra extendían sus trabajos los religiosos, sino también al cacicazgo de los Cheles: fueron á Izamal, y fundaron también allí

iglesia y monasterio: con este tenían ya cinco establecimientos: en Kimpech, en Mérida, en Maní, en Conkal y en Izamal. En todos estos lugares pusieron en práctica la predicación á los adultos en el templo, la enseñanza diaria de la doctrina cristiana á los niños, y establecieron una escuela para aprender á leer, á escribir y á cantar.¹

La enseñanza de la doctrina cristiana se hacía dividiendo cada pueblo en barrios ó parcialidades, y á cada barrio ó parcialidad se asignaba un anciano encargado de reunir todas las mañanas á los niños y llevarlos al templo: todos los días después de salir el sol, los ancianos salían de la iglesia llevando en las manos una cruz mediana levantada en alto como estandarte, y se dirigían cada uno á su barrio: yendo de casa en casa, llamaban á los niños, y poniendo á un lado los varones y á otro lado las hembras, los ordenaban en procesión, y cantando las oraciones se encaminaban al templo. Reunidos todos, un religioso iba repasando la doctrina cristiana hasta que llegaba la hora de la misa: periódicamente el sacerdote los examinaba, al efecto de conocer su grado de instrucción; y después de algunos años de asistencia diaria, ya que el sacerdote estaba satisfecho de su instrucción religiosa, los despedía á fin de que los varones acompañasen á sus padres en la agricultura y las muchachas á sus madres en los oficios mujeriles; sus padres se encargaban entonces del cuidado de hacerles repetir la doctrina cristiana y rezar con ellos las oraciones de la mañana y de la noche.

¹ Cogolludo, *Historia de Yucatán*, tomo I, pag. 370.—*Códice Franciscano*, de D. Joaquin Garcia Icazbalceta, pag. 64.

La escuela estaba destinada á la instrucción de los niños hijos de caciques, indios principales ó nobles. También se les recogía diariamente junto con los demás en el templo; pero después del repaso de la doctrina cristiana se les retenía en un edificio contiguo á que se les enseñase á leer y á escribir; se les despedía antes de medio día, y volvían á la escuela por la tarde.

En el mismo edificio de la escuela, ó en el templo, se reunían diariamente varios indios adultos, á quienes los religiosos enseñaban el canto y música, y llegaron así estos á tener capillas de cantores. Empesaron por ejercitarlos en el canto llano y en tañer flautas y chirimías, y luego introdujeron el órgano, los violines y aun las dulzainas: todos estos instrumentos los aprendieron á tocar los indios con singular perfección y maestría.

La instrucción religiosa de los adultos estaba sujeta á una forma análoga á la de los niños, con la distinción de que no se les obligaba á asistir diariamente al templo: los domingos y días de fiesta se reunían en el patio de la iglesia ó en la plaza pública si el concurso era muy numeroso, y se dividían en fracciones para sufrir la inspección del cacique y de sus subalternos, quienes celaban que nadie faltase sin justa causa á la instrucción religiosa. Acabada la inspección, entraban á la iglesia y se sentaban por un lado los hombres, y por el otro las mujeres, y repasaban la doctrina cristiana en voz alta: en seguida un religioso les predicaba en lengua maya, y terminado el sermón se decía la misa: á veces los religiosos se auxiliaban en la explica-

ción de la doctrina cristiana con pinturas que exponían y explicaban detalladamente.

A las dos de la tarde la campana llamaba de nuevo al templo; mas á esta hora, la concurrencia era principalmente de mujeres: se predicaba y se cantaban himnos religiosos con acompañamiento de instrumentos músicos. El cacique y los regidores indios eran puntualísimos en asistir tanto á los oficios de la mañana como á los de la tarde.

En Agosto de 1548, la misión de religiosos que trabajaba en Yucatán fué reforzada con seis sujetos que vinieron con la misma abnegación que los primeros fundadores. El padre Nicolás de Albatate, que, como recordarán nuestros lectores, fué enviado á Madrid como procurador de la colonia, volvió trayendo consigo á Fray Alonso de Alvarado, Fray Diego de Landa, Fray Francisco de Navarro, Fray Antonio de Baldemoró, Fray Antonio de Figueras y Fray Pedro de Noriega: desembarcaron en Campeche y pronto la noticia de su llegada se esparció por todo el país, causando alegría general. El padre Villalpando, que estaba en Maní, dejó inmediatamente su residencia, y tomó el camino de Campeche para ir á dar la bienvenida á sus hermanos; pero, por más diligente que anduvo, como todos sus viajes los hacía á pie, apenas pudo alcanzarlos en uno de los pueblos del tránsito, entre Mérida y Campeche, y juntos todos siguieron hasta la capital en donde se les hizo un recibimiento entusiasta: el Adelantado en persona salió á caballo, en compañía de todo el cabildo y de los capitanes más renombrados, por el camino de Cibikal á recibirlos: fueron

también de la comitiva casi todos los españoles vecinos de Mérida y un gran número de indios.

Aun no se había construido el grande edificio que después cobijó á los franciscanos en Mérida; apenas poseían una modesta iglesia de paja y una miserable casa en el cerro principal del oriente, en la cual no podían caber todos los religiosos recién llegados, así que tuvo que aposentarlos el adelantado Montejo en su casa de la plaza mayor, y allí permanecieron hasta que se distribuyeron en los cinco monasterios que poseían en la península.

No habían descansado de su viaje, cuando ya el padre Villalpando puso en sus manos el arte de la lengua maya que había compuesto á fin de facilitar el estudio de la lengua de los naturales: empeñólos á estudiarla profundamente y hacerse diestros en su manejo, pues de otra manera no era posible que sus trabajos diesen fruto. No fueron sor-dos ni morosos á las activas solicitudes del padre Villalpando, pues todos aprendieron la lengua maya con perfección, y en breve se encontraron aptos para ejercer el ministerio de la divina palabra. El que mayores y más pasmosos adelantos hizo en la lengua maya fue el padre Landa, quien después de corta permanencia en Yucatán, la hablaba y predicaba con tanta perfección como su lengua nativa: de discípulo se convirtió en maestro, reformando y aumentando el arte de la lengua maya compuesto por Fray Luis de Villalpando, que corriendo los años fué recopilado y publicado por Fray Juan Coronel.¹

¹ Cogolludo. *Historia de Yucatán*, tomo II, pág. 460.

El padre Albalate, que en su misión á España llevó, entre otros objetos, el de que se nombrase obispo propio á Yucatán, trajo, al volver, la fausta nueva de que el papa Paulo III, á instancias del emperador Carlos V, había establecido en 1547 la sede episcopal para toda la península de Yucatán.¹ Desde 1548, la iglesia parroquial de Mérida comenzó á denominarse catedral,² y, probablemente á consecuencia del establecimiento de la diócesis de Yucatán, fué electo obispo de ella el ejemplar religioso Fray Juan de San Francisco, que, movido de un sentimiento elevadísimo de humildad, se juzgó privado de las dotes suficientes con qué ejercer tan elevado puesto, y lo renunció.³ A causa de esta renuncia, en sumo grado perjudicial á la causa religiosa en Yucatán, continuó su iglesia destituida de jefe propio, pues aunque erigida la diócesis, varios

¹ Palabra «Yucatán» *Diccionario de Moroni*, citado por Hernaes.

² Véase sobre esto el primer libro de bautismos del Sagrario de la Iglesia Catedral de Mérida, en la partida de bautismo de Elvira Ximena Alvarez, hija de Rodrigo Alvarez. Es esta la primera partida en que se da el dictado de catedral á la iglesia de Mérida.

³ Mendieta. *Historia eclesiástica indiana*, pag. 655. El Illmo. Sr. Carrillo sostiene que Fray Juan de San Francisco fué electo obispo de Yucatán en 1541; pero esta aserción á nuestro juicio es equivocada. En 1541 aun la conquista no estaba concluida, y hemos visto que posteriormente al año de 1541, y hasta el año de 1545, Yucatán pertenecía al obispado de Chiapas, de modo que es inconcuso que en 1545 aun no estaba erigido el obispado de Yucatán. Las autoridades en que se apoya no son convincentes: Lorenzana no dice que en 1541 fué electo Fray Juan de San Francisco, sino que en esta fecha fue conquistada y pacificada la provincia de Yucatán; y que después de esta conquista y pacificación, se verificó la elección de Fray Juan de San Francisco. Mendieta no determina la fecha de la elección, y en cuanto á la tabla díptica de Yucatán, de seguro fué escrita bajo la influencia de una equivocación emanada de no haberse fijado en el sentido preciso de las palabras de Lorenzana: nos parece que Fray Juan de San Francisco debió haber sido electo después del año de 1547, en que se hizo la erección de la diócesis de Yucatán por Paulo III.

accidentes impidieron que hubiese obispo que tomase posesión hasta la venida del Illmo. Sr. Toral.

Así fué que la iglesia de Yucatán estaba sin obispo cuando el año de 1549 llegó al país el comisario general de la orden franciscana, Fray Francisco de Bustamante. Tuvo gran satisfacción en hallar á todos los religiosos de su orden en aptitud de evangelizar á los indios con aprovechamiento, pues todos habían aprendido la lengua maya, y estaban animados de ardiente zelo y fervorosa caridad. El 29 de Septiembre de 1549 presidió el primer capítulo ó asamblea de religiosos franciscanos en Yucatán, y fué electo superior de ellos Fray Luis de Villalpando, que sustituyó á Fray Juan de la Puerta, quien hasta entonces había fungido como jefe suyo con nombramiento emanado del comisario general de México: quedó entonces canónicamente fundada en Yucatán la orden franciscana, que tanta influencia debía tener posteriormente en la tierra: los frailes fueron repartidos en los cinco conventos ya establecidos de Mérida, Campeche, Conkal, Maní é Izamal.

Fray Juan de la Puerta fué encargado de la mision importante de ir á Madrid, con carácter de procurador, á solicitar que se enviasen otros misioneros que ayudasen á la conversión de la infinidad de indios idólatras que había, pues los pocos religiosos y clérigos existentes en el país no podían desempeñar tarea tan extensa y ardua como era la de enseñar y predicar la religión cristiana en los numerosos cacicazgos que cubrían la península y que estaban repletos de población. En efecto, la mayor parte de los cacicazgos estaban privados de sa-

cerdotes, por carencia de ellos del clero secular, el presbítero Lorenzo Monteroso era cura de la catedral de Mérida; el padre Francisco Hernández, de Campeche; y el padre Martín de Alarcón, de Valladolid: del clero regular, Fray Juan de la Puerta era guardian del convento de Mérida; Fray Diego de Béjar, del de Campeche; Fray Nicolás de Albalate, de Maní; Fray Luis de Villalpando, de Conkal; y Fray Lorenzo de Bienvenida, de Izamal.

La idea de enviar un comisionado á España con objeto de traer otros sacerdotes católicos fué bien acogida por el adelantado Montejo que no veía indiferentemente cuanto se relacionaba con la civilización de los indios. Aplaudió la elección que se había hecho de Fray Juan de la Puerta, y le dió cartas de recomendación para el emperador, los ministros del Consejo de Indias y amigos influyentes que poseía en la corte de España. Acompañado de Fray Angel Maldonado se embarcó el esclarecido sacerdote en Campeche, con dirección á Veracruz y México: en esta última ciudad visitó al comisario general, grande amigo suyo, á quien era conocida su virtud y prudencia. Impuesto el comisario general del motivo de su viaje, le alentó á emprenderlo, y mostrándole grande confianza, le encomendó otros negocios, y provisto de todos los recaudos convenientes, se embarcó en 1550 en la flota que salió de Veracruz para Cadiz.

Llegado á España, no descuidó un momento el importante objeto de su misión, y apenas hubo visitado al rey y á los miembros del consejo de Indias, y presentado sus peticiones, empezó á recorrer varios monasterios de la orden franciscana, tratando